

**desde el
deseo**

Un nombre propio, un lugar común. Subjetividad, ciudadanía y sexualidad en México: el Club Gay Amazonas*

Rodrigo Parrini y Ana Amuchástegui

¿Quién nos dará un nombre? Subjetividad y política

Para Juan es importante que lo llamen por su nombre: "Bueno, porque antes en la calle te gritaban maricón, joto, puto y las veinte mil maneras de llamar a una loca ¿no?, entonces ahora por lo menos ya te llaman por tu nombre, eso es un logro". Juan señala que el trabajo del Club Gay Amazonas le ha permitido reivindicar su nombre, entre los insultos y los apodos. Él vive en Tenosique, una ciudad del estado de Tabasco, en la frontera con Guatemala, al sur de México. Ciudad de rancheros y campesinos, con un poco más de 30 mil habitantes; lugar de tránsito para mucha gente, con una base militar y una de las rutas que utilizan los migrantes centroamericanos en su viaje hacia los Estados Unidos. El Club Gay Amazonas, que toma su nombre de las guerreras mitológicas, fue creado en 1996 por un grupo de hombres gays, algunos de ellos travestidos o transgéneros, como un espacio de sociabilidad, como un lugar de interlocución con las autoridades y las instituciones y como una forma de enfrentar la epidemia del sida, que desde principios de los años noventa había comenzado a afectar a personas de la ciudad. Cuando realizamos el trabajo de campo que permite este artículo¹ ya había

* Este artículo es producto de la investigación "Procesos subjetivos de ciudadanía: sexualidad y derechos humanos", financiada por la Fundación Ford, y que es realizada en colaboración por la Universidad Autónoma Metropolitana, sede Xochimilco, y el Grupo de Información en Reproducción Elegida.

¹ El trabajo de campo se ha efectuado desde el mes de diciembre del 2006 hasta la fecha. En este contexto, se ha visitado repetidas veces la ciudad y se han realizado 20 entrevistas, tanto a miembros del Club, como a políticos, funcionarios públicos y otros actores relevantes y/o vinculados con el trabajo del Club. Además se ha participado de sus actividades sociales y políticas y de su vida cotidiana. En el marco del proyecto nos hemos preguntado por las condiciones sociopolíticas que permiten la emergencia de un grupo como este, por los vínculos entre los procesos subjetivos de construcción de una identidad sexual no hegemónica y la

una larga lista de muertos y otra más extensa de personas portadoras del virus que sobrevivían en condiciones de marginación social, estigma y falta de acceso a atención médica y tratamientos antirretrovirales.

El Club, durante sus diez años de existencia, ha entrelazado una acción comunitaria de prevención, otra social de atención y ayuda a las personas enfermas, con un trabajo de interlocución política con autoridades municipales y miembros de los partidos políticos. En la última elección local los candidatos de todos los partidos en competencia se reunieron al menos en una ocasión con los integrantes del Club. Hubo un trabajo intencionado de los partidos políticos para captar sus votos y para integrarlos en las campañas. En nuestro estudio hemos dialogado con autoridades municipales, con miembros de partidos políticos y otras organizaciones sociales, tratando de dilucidar el lugar que el Club se ha ganado en un contexto profundamente homofóbico, como lo veremos más adelante.

Juan pide un nombre, su propio nombre; le pide un nombre a una sociedad, al trato cotidiano de las personas. En vez de los insultos, en vez de los apodos. Pide una pieza fundamental de identificación y de diferenciación. Si el nombre particulariza y le entrega una densidad simbólica a un sujeto, el insulto generaliza, desmiente la singularidad, niega un espacio propio en una red de intercambios.² Pide un nombre que lo convoque y que le dé un lugar distinto al de su marginación y su abyección. Un lugar propio, refrendado colectivamente y respetado socialmente, situado políticamente. Ese lugar Juan lo ha construido junto con otros, también anhelantes de un nombre y de un espacio de reconocimiento y de legitimidad.

En este artículo analizamos un proceso de politización de la sexualidad³ que permite entender el vínculo entre procesos colectivos de construcción de ciudadanía⁴ con otros subjetivos de constitución, aceptación y reivindicación

conformación de un referente de convivencia y diálogo político, así como por las estrategias de afirmación y ejercicio de ciertos derechos.

² Salvo el de su denigración en un intercambio desigual que no permite una respuesta o que la castiga duramente.

³ Por politización de la sexualidad entendemos el proceso de conformación de sujetos políticos a partir de ciertas identidades y prácticas sexuales, en este caso no hegemónicas. Asimismo, correspondería al proceso de desnaturalización de ciertas relaciones sociales (de género y sexuales) y su integración a un debate público y colectivo.

⁴ Para los fines de este artículo hemos seguido las definiciones sobre ciudadanía que elabora Chantal Mouffe. La autora señala que no se debe considerar a la ciudadanía sólo como un estatus legal que permite participar de ciertos derechos y procedimientos colectivos, sino

de una identidad sexual. Por una parte, encontramos las señas históricas del proceso de apertura democrática y cultural que acaece en México durante las últimas dos décadas, específicamente en el ámbito de la inscripción sociopolítica de las diversas orientaciones sexuales. Por otra, hallamos los efectos del proceso de globalización de ciertos imaginarios que lleva hasta los lugares más apartados del país un mundo plural y diverso, en términos de identidades, sexualidad y subjetividad⁵ (Appadurai 2002; Castells 2004, García Canclini 2006). Junto con ellos, un proceso subjetivo, inscrito en una trayectoria histórica, de construcción de ciertas señas identitarias, vinculadas con la sexualidad y el deseo, que permiten la conformación de referentes colectivos de identificación y acción política: emerge la identidad gay como un espacio de autoidentificación, de vinculación y de diferenciación.

De este modo, el Club Gay resulta, pero también se apropia, de dos procesos históricos: el de expansión de la ciudadanía y el de conformación de identidades sexuales diversas. Su acción entrelaza ambos, politizando las identidades y otorgándole un cariz deseante a la ciudadanía. Así como ellos insertan sus demandas en el debate público de su ciudad, establecen algunas coordenadas que les permiten a sus integrantes construir una noción afirmativa de sí mismos, de sus cuerpos, de su estética y de su deseo. El proceso de construcción de ciudadanía se transforma en, y surge de, un proceso de constitución de sí.

No obstante, la distinción que hemos trazado entre procesos colectivos y otros subjetivos es, ante todo, analítica. Podríamos invertir los factores e interesarnos en los procesos subjetivos de construcción de ciudadanía y los colectivos de conformación de una identidad sexual. Veremos que una comprensión histórica de ambos nos permitirá diferenciarlos como puntos de un proceso sociopolítico que los imbrica y los intersecta. Sin embargo, en el caso que acá estudiamos, existiría una cierta gradiente histórica que permite distinguir un proceso del otro y que puede expresarse del siguiente

también como una forma de identificación, un tipo de identidad política que es necesario construir y que no está dado empíricamente (Mouffe 1999: 96). En su definición de "ciudadanía democrática radical" Mouffe postula que esta es "un principio de articulación que afecta las diferentes posiciones subjetivas del agente social" (*Ibid.*: 101) y no sólo un principio abstracto y universal.

⁵Procesos, por cierto, contradictorios e inacabados. No podemos profundizar en su estimación más precisa en este texto, pero será necesario considerar su densidad particular en el espacio social que nos interesa en este artículo.

modo: la expansión de la ciudadanía —que ha ocurrido en México durante más de veinte años de manera oscilante, contradictoria, pero creciente— ha sucedido de manera autónoma a la conformación de una identidad sexual diferenciada. Las vías de la "política" no han coincidido necesariamente con las de la "cultura". No obstante, en este artículo nos interesa analizar el momento y las características de su intersección, que nosotros situamos, para el caso estudiado, en el momento de la creación del Club Gay Amazonas. Cuando esto sucede, sus integrantes tienen ya una historia personal de reconocimiento y aceptación (relativa) de una identidad sexual y una historia micro social de vinculación con otros sujetos semejantes. Cuando se funda el Club, estas historias se entrecruzan con una historia de mayor alcance que ha implicado una ampliación de la ciudadanía. Sin embargo, esto no ha ocurrido aún en muchos lugares de México y los procesos continúan separados. En este sentido, la intersección misma corresponde a una politización creciente, tal como la hemos definido antes.⁶

Los horizontes de la política: poder y resistencia

Según Laclau y Mouffe (2006), la lógica que impuso la modernidad, conducente por un lado a la libertad de los individuos y por otro a su igualdad, tiene como destino radicalizarse. La lógica de la equivalencia, dicen Laclau y Mouffe, "se transforma en el instrumento fundamental de producción de lo social" (173). Esta lógica orientará una serie de luchas y movimientos durante más de dos siglos y dotará de matrices de sentido a diversos actores en su propio devenir político. Asimismo, se ampliará, progresivamente el hori-

⁶ La historicidad que acá postulamos se remite a las identidades sexuales y no, en primer lugar, a las prácticas sexuales. Es necesario analizar su conformación y su carácter de modo diferenciado, pues si las primeras emergen, según creemos, en un momento histórico determinado, de las segundas se tiene un registro mucho más antiguo. Lo que nos importa remarcar es que las prácticas sexuales por sí mismas no constituyen, ni conforman, una identidad sexual. Por esto, si bien existen prácticas sin identidad (en el México de hoy), las identidades vinculadas con una forma de deseo, de sociabilidad, usos del cuerpo y/o una erótica específica sólo surgen en un momento histórico (en nuestro caso el siglo XX, especialmente sus últimas tres décadas) y como resultado de un proceso particular de politización. No obstante, y este es otro matiz de este proceso, la expansión de ciertos imaginarios, la circulación de información e imágenes diversas sobre la sexualidad en los medios de comunicación, la constitución de un segmento de consumo "sexual" e identitario, desvinculan la conformación de las identidades de sus referentes políticos y militantes más inmediatos y las articulan con estilos de vida, formas de identificación colectiva, delimitaciones de estatus social y formas de consumo y expresión estética.

zonte de *lo* político mismo, cooptando espacios que permanecieron mudos o excluidos de su decurso. Laclau y Mouffe indican que el problema de *lo* político es el problema de la institución de lo social; por tanto, no se limita a las formas de gobierno ni de administración del estado. Es un campo de articulación de las relaciones sociales y de los antagonismos.

En este contexto, surge un conjunto de movimientos sociales que contribuye a radicalizar la democracia, mediante la ampliación de los derechos de los sujetos. Estos movimientos son portadores de nuevas demandas y "a través de ellos se articula esa rápida conflictualidad social a relaciones más y más numerosas" (*Ibid.*: 179). Antiguas demarcaciones de la vida social son debatidas y las fronteras entre lo público y lo privado se debilitan; se urden una serie de efectos paradójicos que vinculan la burocratización de las relaciones sociales con la impugnación de formas de subordinación que permanecían incuestionadas. La emergencia de nuevos sujetos políticos ha permitido la politización de una serie de relaciones sociales, entre ellas las que se anclan en la sexualidad, el deseo y el erotismo (Amuchástegui y Rivas, en prensa; Parker 1994; Terto 2000; Weeks 1993 y 1991). Primero se realizó un cuestionamiento del orden jerárquico entre hombres y mujeres, las divisiones consecuentes del mundo y los límites de la experiencia. Posteriormente, la impugnación se profundizó y se extendió a otras relaciones aparentemente naturales; la identidad se instaló al centro de la política, un ámbito tradicionalmente masculino vio socavada su pertinencia y su primacía (Mouffe 1999 y 1992; Butler 2001). Consideramos, en este sentido, que somos testigos de un proceso de politización radical y de proliferación de espacios políticos "radicalmente nuevos y diferentes"⁷ (Laclau y Mouffe 2006: 204).

⁷ Señalan Laclau y Mouffe: "[...] lo que ha estallado es la idea y la realidad misma de un espacio único de constitución de lo político. A lo que estamos asistiendo es a una politización mucho más radical que nada que hayamos conocido en el pasado, porque ella tiende a disolver la distinción entre lo público y lo privado [...] en términos de una proliferación de espacios políticos radicalmente nuevos y diferentes. Estamos, pues, enfrentados a la emergencia de un pluralismo de los sujetos, cuyas formas de constitución y diversidad sólo es posible pensar si se deja atrás la categoría de 'sujeto' como esencia unificada y unificante" (2006: 227). Habría que señalar que para estos autores el tema del cuerpo es completamente invisible y que no piensan una pluralidad corporal semejante a la pluralidad de sujetos que mencionan. De cierta manera, no contemplan la politización radical del mismo cuerpo (o de los cuerpos) que han concitado algunas orientaciones políticas del feminismo y del movimiento gay, transgénero y transexual, junto con determinados movimiento étnico-raciales. Veremos que en el caso del Club Gay Amazonas la politización de las identidades es concomitante a una politización

De este modo, por ejemplo, las identidades sexuales son objeto de una politización creciente, se reconoce su carácter socialmente construido y la trama de relaciones que las permiten y las configuran, y se inicia el desmontaje de sus supuestos y de sus efectos. Este proceso confluye con la ampliación de los derechos, en el contexto de la doctrina de los derechos humanos: la progresiva consideración de nuevos derechos y la tematización de nuevos ámbitos como terrenos en los que se pueden articular y formular derechos (Corréa 2001; Miller 2001; Parker 2001 y 1994; Petchesky 1999). Así, se suman a los derechos políticos los derechos sociales, culturales y, luego, los derechos sexuales y reproductivos.

Historia y subjetividad: puntos de articulación

Los puntos de articulación⁸ entre los procesos colectivos de construcción de ciudadanía y los subjetivos de especificación de una identidad sexual son múltiples. Acá nos hemos detenido en algunos y quedarán otros por analizar. No obstante, es importante comprender las formas en las que se articulan las subjetividades con la historia. A nuestro entender, estos puntos de articulación son los pivotes de una politización posible. Sostenemos que sin un contexto histórico determinado, que permite ciertos procesos y restringe otros, no es posible dicha politización; que es en sí un resultado estrictamente histórico (por lo tanto viable, pero no ineludible). Por otra parte, es necesario que dicho proceso se ancle —al menos en el campo que acá nos interesa: las identidades, la sexualidad y el cuerpo— en ciertas co-ordenadas subjetivas y biográficas que lo especifican. De este modo, si bien las condiciones históricas podrían estar presentes, facilitando, por ejemplo, la politización de las identidades o de la sexualidad, sólo operarán como factores de transformación de algunas relaciones sociales si pueden ser detectadas, leídas, aprovechadas y conducidas por los sujetos. Esto sucederá cuando dichas condiciones logren articularse con otras de carácter subjetivo; por ejemplo, el proceso de constitución de una identidad sexual particular y diferenciada (proceso eminentemente histórico y completamente social, como ya lo indicamos), de una narración de sí en torno a una trayectoria y

de los cuerpos y, a su vez, de un posicionamiento del cuerpo mismo como espacio de lucha política y cultural.

⁸ Laclau y Mouffe definen articulación como "toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esa práctica" (2006: 142-143).

experiencia sexual, una biografía de las exclusiones, los malos tratos y las humillaciones, el deseo de una vida más digna.

Ahora bien, si entendemos este vínculo articulador entre la subjetividad y la historia, debemos considerar también que las propias condiciones subjetivas y los anclajes que mencionamos son eminentemente históricos. Es decir, la emergencia de identidades sexuales diferenciadas es un producto del proceso histórico de construcción del "dispositivo de la sexualidad" (Foucault 1989). Así también, la misma noción de los derechos humanos como paradigma y referente de la dignidad de los individuos, su horizonte de responsabilidad y respeto, es estrictamente histórica (Lefort 1990). No obstante, que existan identidades sexuales diferenciadas y que se puedan reclamar ciertos derechos son condiciones que posibilitan, pero no determinan, el proceso de politización que mencionamos. Entonces, podrían estar las condiciones históricas, pero no producirse el proceso de politización. Como lo señalamos antes, para que esto suceda —es una de nuestras apuestas teóricas y analíticas— son necesarios los anclajes subjetivos. Es un proceso que no puede suceder sin la participación de los sujetos, no es abstracto, y radica tanto en la corporalidad de los individuos, en sus narrativas y sus experiencias, como en los recursos simbólicos e imaginarios con los que cuentan para darles una lectura, para generar cierta coherencia y vincularlos con sus propios futuros. La historia no es un cuerpo inerte o un gran monstruo abstracto. Es un terreno de interpretaciones, de arraigos, de esperanzas y de proyectos (Foucault 2002a y 2002b). Al menos en el campo que nos interesa, lo volvemos a decir.

a) De lo puto a lo gay: conformación de una identidad

Para los fines de este artículo hemos considerado algunos puntos de articulación. El primero es la identidad, específicamente la identidad gay. Así se denomina la organización que estudiamos: Club Gay; esto no es casual, tampoco es azaroso. Lo "gay" permite una transformación capital en las trayectorias subjetivas y colectivas de los sujetos que nos interesan. Les permite pasar de las denominaciones tradicionales, fundamentalmente despectivas y excluyentes, a otras mejor connotadas, dotadas de rasgos de orgullo y reivindicación y no sólo de abyección (Butler 2002 y 2001; Eribon 2001). Es el paso de lo "puto" a lo "gay", de la heteronomía y heterodenominación a cierta autonomía y autodenominación. Si Juan reclama un nombre, si lo exige, es porque antes se lo ha dado a sí mismo; los integrantes del Club se han dado un nombre colectivamente: somos gays. Una identidad que

es totalmente histórica y puede ser apropiada por los miembros del Club como resultado de un proceso de difusión de ciertos imaginarios, que llegan hasta su ciudad y su mundo, hasta sus palabras y sus relaciones, hasta sus esperanzas y sus vidas.

Porque si eras puto, eras ratero, eras drogadicto, eras perverso de menores, lo único que puedes hacer es barrer, trapear, cocinar y cortar pelo, enseñar vals. Entonces, empezamos a ver la gente que somos Grupo Gay y que tenemos la misma capacidad que los que no son gay, podemos tener una mejor capacidad que un heterosexual, que un bisexual y a raíz de entonces empezamos a demostrarle a la gente que podemos, empezamos a organizarnos como grupo y se da a conocer el Club Gay Amazonas, y empezamos a decirle a la gente que el Club Gay Amazonas tiene cocineros, tiene meseros, tiene estilistas, tiene costureros, y que tenemos abogados, que teníamos psicólogo, que teníamos doctores, que teníamos licenciados, que teníamos arquitectos y que podíamos prestarle servicio a la comunidad de lo que quisiera, y que además el grupo gay se estaba previniendo, porque el sida ya estaba entrando a Tenosique (*Iván, 50 años*).

La sociedad que ya poco a poco te va aceptando y sobretodo que nosotros queremos sobresalir, que nosotros queremos formar parte de esta sociedad, pero como una parte positiva no como un escoria, no que se nos tenga en un estatus muy bajo, de que somos lo feo, lo degenerado, lo depravado, lo morboso, somos personas normales que tenemos una sexualidad diferente a la heterosexual, pero que no deja de ser normal dentro de los límites de nosotros y que la misma naturaleza por lo que tú quieras, llamémosle Dios, naturaleza, vida, lo que sea pues la hizo (*Pedro, 54 años*).

Como se anotó antes, el tránsito identitario sucede desde denominaciones y valoraciones negativas de un deseo o una práctica sexual a otras mejor connotadas. Se pasa, en palabras de Iván y de Pedro, de "lo peor" y la "escoria" a la normalidad, el esfuerzo o el talento. El trayecto es demostrativo: los gays le muestran a su sociedad que no son "degenerados" o "perversos de menores" y que tienen capacidades para desempeñarse en las mejores profesiones y oficios. Es, también, un trayecto de integración, en este caso, de asimilación consistente a los parámetros de la "normalidad" mediante el trabajo y a través de una voluntad de pertenencia y reconocimiento (se antepone una ética laboral ante otra sexual, el deseo mismo se cubre con las virtudes del esfuerzo). La identidad, de este modo, es un constructo anverso a la abyección; se contraponen lo "gay" a lo "degenerado" y lo "perverso". Entonces, vemos que las señas y descripciones que permitían delimitar a un colectivo —los putos— son transformadas y resignificadas mediante la acción colectiva del Club, creando otro espacio identitario: lo gay.⁹

⁹ Este proceso de transformación y resignificación sucede en un contexto sociocultural adverso para la reivindicación y la vivencia de una orientación sexual no heterosexual y de una identidad no normativa. La opinión pública mexicana muestra tendencias altamente discriminatorias

Porque somos un grupo que hemos estado dentro de un gueto, y que ya necesita salir de esa marginación y afortunadamente está saliendo y está tomando una presencia política, porque por ejemplo antes ni nos invitaban a las cuestiones políticas y ahora se nos incluye, se nos toma en cuenta y ya la cuestión de tu género, de tu preferencia sexual ya no es importante (*Víctor, 40 años*).

Dijimos que la identidad opera como el anverso de la abyección, puesto que otorga un espacio de identificaciones positivas a los integrantes del Club. Ellos enuncian una identidad para dejar de ser la "escoria" que les han dicho que son. En ese mismo movimiento consiguen otro efecto: rompen el gueto y salen de la marginación. Vimos que una vez que se abandonaban las definiciones estigmatizantes se entraba en ese terreno difuso, pero valioso, que se conoce como normalidad. En este caso la normalidad no funciona como una ortopedia, sino más bien como una forma de reconocimiento y de integración. Lo que antes era central —la preferencia sexual— deja de serlo, pero para generar un efecto paradójico: una vez roto el "gueto", una vez transformada la "escoria" en identidad, los integrantes del Club pueden vivir su sexualidad de modo menos problemático y encuentran un espacio subjetivo y colectivo menos estigmatizado y violento para sí mismos. Como veremos después es la normalidad misma la que ha sido modificada en algunas de sus coordenadas.

b) Orden simbólico y espacios públicos: cuerpo y deseo

Otro punto de articulación es el deseo. El deseo, diremos con Deleuze y Guattari (1988, 1985), no es un asunto de alcobas, sino que es un elemento inmanente a la vida social y sólo una noción estrictamente psíquica e individualizante impide situarlo sociohistóricamente. Los integrantes del Club son sujetos deseantes: mencionan, sitúan y reivindican su deseo. La suya no es una política a pesar del deseo, o en contra de él; es una política por el deseo, para él y con él. Es una política deseante, en primer y último término,

con respecto a este grupo. Por ejemplo, en la Primera Encuesta Nacional sobre Discriminación (CONAPRED 2007), levantada durante el año 2005, el 48.4% de los encuestados señalaban que no permitirían que en su casa "viviera un homosexual". Asimismo, cuando se preguntó sobre lo que las autoridades "debieran hacer" si una comunidad quisiera "expulsar a los homosexuales", un 42.4% respondió que "nada". Por último, si se consultaba sobre "el principal problema de los homosexuales para relacionarse con los demás" un 46.4% respondía que su "preferencia sexual", entre 15 opciones que incluían "discriminación", "rechazo" y "comportamiento". Por otra parte, entre los años 1998 y 2004 se han reportado 332 ejecuciones homofóbicas demostradas y 996 ejecuciones homofóbicas estimadas (*Letra S, 2007*).

y el deseo es tal vez la línea que permite articular sus propias trayectorias biográficas con los procesos políticos y culturales en los que participan; el deseo entrega coherencia, da continuidad, otorga una especificidad a las narraciones. Incluso antes de tener y enunciar cualquier identidad, ellos hablan de un deseo, presente a lo largo de sus vidas, urgente, inmanente a ellos mismos. Es tal vez el elemento más arcaico, por así decirlo, en sus historias, y el más resistente a cualquier condición o imposición. Si ellos se han politizado es porque "antes" deseaban intensa y constantemente.

Vinculado con el deseo, surge el cuerpo o una determinada experiencia y apropiación de él. Si en algún lugar está el deseo es en el cuerpo mismo. Los integrantes del Club no soslayan el cuerpo, no lo quitan de su discurso; quizás lo ponen en medio, al centro de su acción. Frente a la violencia de la policía, que los detenía si los encontraba vestidos de mujer, ellos reclamaron su derecho a vestir como quisieran y a ser respetados. Afirman una estética para pugnar por una ética. Frente a la exclusión por tener cierta apariencia, ellos reclaman un lugar, con sus ropas, sus modos y sus gestos.

Los gays no podían salir a las calles vestidos de mujer, la policía los recogía si encontraban a los gays vestidos de mujer dentro de las cantinas, la policía los arrastraba y a golpes a las camionetas se los llevaban, todo eso era comúnmente (*Juan, 35 años*).

En este punto creemos que se produce una articulación muy específica de este contexto social, y que vincula la identidad con el deseo mediante el cuerpo. Un lugar de inscripción social y de reconocimiento que encontraron los gays en su ciudad fue la participación en las fiestas. Es una comunidad con un calendario festivo muy intenso que se extiende por todo el año y que empieza con un carnaval en enero y febrero. Los integrantes del Club participan de dos modos: primero se apropian del carnaval y ganan repetidas veces el premio al mejor carro alegórico. Cruzan la ciudad vestidos de mujeres arriba del carro que ellos imaginaron y construyeron, bailando ante la expectación de los asistentes. Esta es la primera forma de aparición pública del grupo como tal; es también una forma de intervenir el espacio público enunciando una identidad, una estética y una corporalidad. Esta inscripción pública, sustentada en un gesto estético y cultural, se vincula con la participación de los gays en casi todo tipo de fiestas, públicas o privadas. Ellos organizan, decoran, cocinan, enseñan los bailes, maquillan, visten. La participación como organizadores en las fiestas les permite acceder a un espacio de legitimidad social. Muchas son fiestas motivadas por los momentos más importantes en el ciclo de vida de los habitantes de la ciudad: los 15 años, matrimonios, cumpleaños, aniversarios, etc. Además los dota de una serie de

características y virtudes socialmente valoradas: los gays son trabajadores, creativos, tienen buen gusto, ayudan...

Es donde empieza ya el grupo a participar fuertemente, como grupo de prevención, como grupo de guerra que daba batalla en los carros alegóricos y entonces eso motivó a que la gente se esforzara en hacer mejores carros alegóricos, porque el grupo gay empezó a sacar sus carros alegóricos y estuvo ganando en cinco años consecutivos el primer lugar en carros alegóricos (*Saúl, 32 años*).

Ciudadanía y diferencia: la aceptación y el respeto

Encontramos una relación bifronte entre aceptación y respeto, como otro punto que nos permite revisar la articulación específica entre procesos subjetivos y colectivos. La aceptación es una experiencia subjetiva, que sucede con dificultad entre estos sujetos, poco a poco. La aceptación significa el reconocimiento de una cierta identidad, a la vez que la constituye, y la conciencia en torno a un deseo y una trayectoria vital. Si la aceptación, en sus diversos grados e intensidades, conduce hasta la organización social y política, esta a su vez la potencia.¹⁰ De alguna forma, la aceptación es siempre un proceso colectivo, de miradas y opiniones, que dirime valores, pertenencias y esperanzas. El Club, de este modo, surge de los procesos subjetivos que conducen o posibilitan la aceptación entre estos sujetos, pero al mismo tiempo los fortalecen, les otorgan un cariz compartido y compartible.

La aceptación se fundamenta en la diferencia, lo que se acepta en último término es esa diferencia: sexual, deseante, corporal, estética... en uno mismo. En este punto se articula con el respeto que los integrantes del Club reclaman a la sociedad y que esta les pide a ellos, en una especie de llamado simultáneo. Juan indica que "es muy importante que la gente se dé cuenta que nosotros no sólo servimos para jotear, o sea, tenemos que demostrar que somos capaces y que merecemos respeto". Iván, por su parte, señala que "la agrupación tiene esa meta, te decía desde un principio respetar para que nos respeten y ¿cómo vamos a lograrlo? Aprendiendo a respetarnos a nosotros mismos, que es lo que hacemos cuando hay fiestas, nos divertimos con moderación". Los miembros del Club exigen respeto para su identidad, sus cuerpos, sus formas de vida, su deseo y su estética. El respeto es la inscripción social de la aceptación subjetiva y viceversa, la aceptación es la inscripción

¹⁰ Insistimos en que no son procesos ni unívocos ni obligatorios, tan sólo posibles.

subjetiva del respeto como una cualidad de las relaciones sociales, como una virtud de los vínculos entre ciudadanos.

La diferencia como sustrato de la aceptación, como su "contenido" radical, se enlaza con la diferencia como un articulador de las relaciones sociales. Entonces, el proceso subjetivo de aceptación —de la diferencia en uno mismo, de lo que en uno mismo es diferente, pero constitutivo— es un proceso de desplazamiento de la estructura de diferencias, pues esta se sustenta, en muchos sentidos, en la clausura de los propios procesos subjetivos de aceptación y reconocimiento. La diferencia se sostiene en su invisibilidad y, en cierto modo, permanece incólume porque no difiere de sí, no se separa de sí, aunque sea nada más que un diferir y un separar.¹¹

De este modo, el proceso subjetivo que mencionamos realiza una operación extraña: si la aceptación es una forma de integrar la diferencia, y en el caso de estos sujetos de revertir la diferencia como exclusión y abyección en diferencia como distinción y singularidad, entonces separa de sí la estructura social de diferencias aglutinándola subjetivamente mediante la aceptación, deshaciéndose del lastre que la diferencia pone sobre la subjetividad (por demás constitutivo de ella misma) para situarlo en el campo de lo social. Aquí está el punto mismo de la politización que hemos mencionado como proceso de desconstrucción de un orden, de cuestionamiento de su hegemonía y de visibilización de sus conflictos. Veremos que este movimiento, que hace diferir la diferencia mediante una aglutinación subjetiva (siempre asido a otro movimiento colectivo de organización y retroalimentación), horada los consensos sobre los que la diferencia misma se sostiene, la desnaturaliza y la devuelve al plano de lo social.¹²

O sea, íbamos a los lugares y empezaban a ofendernos, a insultarnos, a faltarnos al respeto porque antes decían que eras mariquita y la gente abusaba de uno porque no tenía uno el valor de defenderse. Pues precisamente para eso, para que tuvieran respeto hacia nosotros porque en realidad nos atacaba mucho la gente (*Diego, 30 años*).

¹¹ Seguimos la noción derridiana de diferencia (Derrida 2003).

¹² Que es, según lo expuesto antes, el centro mismo del proceso de radicalización de la democracia, según Laclau y Mouffe. También podría leerse según la relación entre lo instituido y lo instituyente propuesta por Castoriadis (1983); de modo que la aceptación de sí y el desplazamiento de la estructura de diferencias que suscita, en tanto estructura de exclusiones y abyecciones, correspondería al proceso de institución de nuevas subjetividades o nuevos espacios subjetivos. La acción misma del Club sería instituyente, creadora de nuevas relaciones sociales, pero también de nuevos espacios subjetivos y corporales. Aquí destacamos, como antes lo hicimos, la dimensión creadora del deseo en su versión deleuziana.

Una vez que los integrantes del Club Gay se han aceptado a sí mismos (que lo enuncien es lo que aquí nos importa y no el logro psíquico), y que esa aceptación les permite un vínculo social y político que fortalece a la aceptación misma, y así en adelante, la red de diferencias que estructura un orden social no permanece incólume. La aceptación de las diferencias, y esto se encuentra en el corazón de los procesos de politización que acá estudiamos, desplaza a los otros sujetos de sus propias certezas, arraigos y finalidades. Una vez que este "virus" entra en el sistema social corroe las posibilidades mismas de su entereza, origen natural y continuidad asegurada. Por eso no sólo presenciamos un proceso "psíquico" e "individual". Estamos ante un proceso histórico y colectivo que se sedimenta en ciertos sucesos y experiencias subjetivas. Los integrantes del Club se aceptan cuando existen las condiciones sociales, políticas y culturales para que puedan hacerlo y en esa inscripción histórico política de sus vidas desplazan el sistema entero de diferencias que los compelia a rechazarse siempre, que los obligaba a la abyección (en tanto fuera del sistema o dentro de él como defecto o monstruosidad).

¡Ay sí! Bastante, como libre, como que te quitas un pesito de encima y dices "ay ya, basta", como que te quitas una careta, porque parece mentira como que tratas de aparentar y engañar a mucha gente que aún no se ha dado cuenta, entonces ya dices "¡ay! Yo ya quiero ser así" y con el pie derecho empiezas y te quitas la careta y que me acepten tal y cual soy (*Juan, 35 años*).

Por esto la afirmación de una cierta identidad y el otorgamiento de materiales positivos y valiosos de identificación no sólo constituyen una especie de voluntarismo imaginario que quiere transformar a las "escorias" (otro sentido de la abyección) en "perlas". Es, ante todo, la creación de un espacio imaginario que dota a los sujetos, o que les permite dotarse, de otros escenarios, de nuevas descripciones, de otros horizontes en la constitución de sí mismos y su inteligibilidad. Espacio político y cultural por excelencia, porque ninguna naturaleza determinará la exclusión que experimentarán esos sujetos como tampoco el dolor que deberán asimilar para llegar a ser alguien y para construir una cierta dignidad.

Justo en el punto en el que se genera una relación de poder, como un vector productivo y positivo de la misma subjetividad, emergen resistencias, desplazamientos y transformaciones. El proceso de aceptación requiere, de modo taxativo, la revisión de los propios rechazos, de las admoniciones y los juicios. Un sujeto, en este caso un "sujeto gay", sólo se acepta a sí mismo desmontando las nociones que tiene sobre sí, las ideas que lo acorralan, el

destino que se imagina, la vida que cree merecer para sí. La aceptación es un proceso de destrucción y regeneración de sí mismo, sobre las coordenadas mismas del dominio y la sujeción (Butler 2007). Proceso histórico, lo hemos visto insistentemente, en el que determinados sujetos se percatan de su propia desgracia y de sus determinaciones y se apropian de ellas para desplazarlas y transformarlas. En este momento, por así decirlo, ningún sistema de diferencias permanecerá sólido y perenne y comenzará a visualizar su propia eclosión, lenta sin duda; paulatina, pero sistemática, profunda y sostenida.

La gente nos apoyó aceptando que se nos trate como lo que somos, si me gusta sentirme mujer acéptenme como soy. Por ejemplo, los hombres se emborrachan y hacen pendejada y media y nadie les dice nada y se sienten bien haciendo pendejada y media, bueno, entonces nosotros queremos hacer lo mismo, me visto de mujer y salgo a la calle y quiero hacer lo que yo quiera, tengo los mismos derechos que tiene el borracho que se desnuda, tengo los mismos derechos que tiene el borracho que orina y saca el pito a media calle y la policía no dice nada (*Iván, 50 años*).

Atendamos a que el proceso de desplazamiento de las diferencias mediante una aglutinación subjetiva, que denominamos aceptación, permite a los integrantes del Club reclamar igualdad. Por esto insistimos en el carácter corrosivo, en último término, de su acción política y cultural. La igualdad supondrá reconocer las diferencias que la impiden, la complotan o directamente la niegan. Igualdad que en este caso es una igualdad en las diferencias y ante ellas. Los integrantes del Club exigen que se les reconozca un lugar. Dicho reconocimiento, el ejercicio de los derechos, será la igualdad buscada, para poder ser, finalmente, ellos mismos más intensamente, más vívidamente.

Los usos del poder: deseo, intimidad y silencio

Por último queremos abordar la relación que los integrantes del Club establecen entre el poder, el deseo y la intimidad; especialmente cuando se relacionan con sujetos que no se identifican como homosexuales o gays, pero de quienes conocen sus comportamientos sexuales y sus gustos eróticos.¹³

¹³ Fue un ejemplo que cita Derrida (2003) el que nos permitió delimitar el vínculo entre el silencio y la comprensión y entre esta y el poder. Rousseau narra un episodio histórico acaecido durante una de las campañas del rey Darío, señor del imperio persa, cuando el rey se encontraba en el territorio de los escitas y recibe de su homólogo un mensaje: "una rana, un pájaro, un ratón y cinco flechas; el heraldo entrega su presente en silencio y se retira. Esta terrible amenaza es

Estas relaciones de poder se fundamentan, por un lado, en un conocimiento de los gustos, deseos y prácticas de diversos personajes importantes dentro de la ciudad; es un saber sobre la intimidad de los otros que se facilita dada las dimensiones pequeñas de esta. Pero, a su vez, es un saber que surge de la intimidad misma. Uno de los integrantes más importante del Club nos indicó que ellos conocían a los amantes de diversos personajes públicos porque también eran sus amantes. En las conversaciones íntimas, aquellas que se tienen entre el sexo y el sueño, les llegaba esta información. Luego callaban, hacían como si no supieran nada. Y este es otro rasgo de estas relaciones de poder: se sostienen en el silencio y no en el habla; su fundamentan en lo que no se dice, pero que se sabe. Ellos operan sobre los mecanismos que les permiten que el otro se entere de que saben.

Vas conociendo, vas viendo, tú mismo te vas relacionando con la mismas personas, entonces vas viendo y vas diciendo "Oye, mira esto o esto", bueno, uno no lo dice pero lo vas chocando "Putá, yo creía que este cabrón era así y mira, resulta que era así" entonces es una amalgama [...] ya después que no te digan, que no te cuenten, que a mí las calaveras me pelan los dientes, ya sabes tú quiénes son, ya sabes tú cómo son (*Andrés, 30 años*).

De este modo se establece una relación oscilante entre la clandestinidad de muchas relaciones eróticas entre hombres en la ciudad y la aparición pública del Club Gay. Quizás lo más disruptivo de su acción sea justamente eso: traer a la luz lo que estaba en la oscuridad (con todos los sentidos metafóricos y míticos que se le pueden dar a esta expresión), hablar de lo que habitualmente se calla. Como antes hemos mencionado, en ese momento todo el sistema de diferencias y exclusiones se ve conmovido y desplazado, porque las identidades y los deseos se sustentaban, en alguna medida, en un silencio profundo y tajante, en un saber obliterado y siempre pendiente. Cuando los integrantes del Club se enuncian a sí mismos como gays, describen sus deseos y los pasean por el espacio público de la ciudad, haciendo un uso estratégico de las fiestas y las celebraciones, en ese momento lo que estaba a cobijo de la clandestinidad queda, en muchos sentidos, expuesto. Y ellos lo saben, saben que cuando anuncian públicamente su identidad y su sexualidad adquieren una ventaja sobre aquellos a quienes "les gusta lo

escuchada y Darío se apresura a volver a su país como puede" (Rousseau, citado en Derrida 2003: 301). El rey de los escitas no necesita decir nada; no envía cartas, tampoco levanta amenazas orales. Sólo le entrega a Darío este mensaje que el soberano persa sabe interpretar. Es, de algún modo, un acontecimiento silencioso, pero efectivo.

mismo", pero que no se atreven a decirlo. Podríamos decir que se establece una relación de poder entre la declamación y el "clóset"; entre las identidades y los deseos, entre las prácticas y las adscripciones.

En algún momento dado, como dice un compañero "ayúdame, no seas cabrón" y todo por el mismo gremio, hay tipos que te echan la mano porque te la echan, entonces tú te ganas a ese, aunque sea con trapazos, pero ya te lo ganaste, y cuando menos lo ves ya tienes a una persona importante dentro del grupo (*Andrés, 30 años*).

Dijimos que es una relación de poder oscilante, porque reconoce las ventajas de una adscripción identitaria unívoca —soy gay—, pero las mantiene en suspenso. Del mismo modo, es una relación de poder sustentada en un saber silenciado. Pero otro rasgo de esta oscilación lo constituye un uso ambivalente del lenguaje, que oculta la identidad final y definitiva de los hombres gays —la masculinidad misma—, tras una sumisión supuesta, pero que termina con ella cuando las circunstancias o las emociones lo ameritan. La sensualidad del habla se traslapa con el enojo del lenguaje. Como el rey de los escitas, los integrantes del Club ocultan detrás de un "regalo" sus propias amenazas y su furia. Pero, además, esta oscilación es corporal: la identidad gay y el deseo homoerótico se condensan en una parte del cuerpo —atrás—, y delante queda la naturaleza y el origen, la posición definitiva que se organiza en torno a la masculinidad: lo macho.

Yo creo que es como que algo natural del gay ser una persona que tenga facilidad de palabra, es raro que un gay no tenga facilidad para hablar y para expresarse, es como un don natural del homosexual, el gay con sólo hablar te opaca, el gay es muy sensual para hablar, no sé si te has fijado, los gay hablan "Ay, mira mi amor, cariño, preciosidad", denotan debilidad y tratan de ser sumisos a la hora que hablan, a la hora que expresan sus pensamientos, pero cuando se enojan te sale a relucir lo hombre, y entonces cuando les sale a relucir lo hombre son personas fuertes, llenas de vigor, llenas de energía, es cuando te dicen "lo macho lo traigo adelante y lo puto lo traigo atrás" (*Víctor, 50 años*).

Finalmente, los integrantes del Club conseguirán el nombre que al principio del texto mencionamos, mediante un proceso oscilante, a través de estrategias muy específicas y contextuales, siguiendo una corporalidad fluida, en muchos sentidos, y una identidad que se traslapa sobre sí misma. Hemos hablado de articulación para poder comprender, precisamente, estos estatutos fluctuantes de la identidad y el deseo ●

Bibliografía

- Amuchástegui, Ana y Marta Rivas (en prensa), "Construcción subjetiva de ciudadanía sexual en México: género, heteronormatividad y ética", en Ivonne Szasz y Guadalupe Salas (eds.), *Sexualidad, derechos humanos y ciudadanía. Diálogos en torno a un proyecto en construcción*, El Colegio de México, México.
- Appadurai, Arjun, 2002, *La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización*, trad. Gustavo Remedios, Trilce/Fondo de Cultura Económica, Montevideo y Buenos Aires.
- Butler, Judith, 2001, *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, trad. Mónica Mansour y Laura Manríquez, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género, México.
- Butler, Judith, 2002, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, trad. Alcira Bixio, Paidós, Buenos Aires.
- Butler, Judith, 2007, "¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault", en Rodrigo Parrini (coord.), *Los contornos del alma, los límites del cuerpo: género, corporalidad y subjetivación*, Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género, México, pp. 35-58.
- Castells, Manuel, 2004, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. III, *Fin de milenio, Siglo XXI*, México.
- Castoriadis, Cornelius, 1983, *La institución imaginaria de la sociedad*, trad. Antoni Viçens, Tusquets, Barcelona.
- Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, 2007, <http://www.conapred.org.mx/Noticias/noticiasTextos/imgmmedia//PRNSDM-PrefsSex.pdf>, visitado 14 de mayo 2007.
- Corrêa, Sonia, 2001, "Salud reproductiva, género y sexualidad: legitimación y nuevas interrogantes", en Juan G. Figueroa y Claudio Stern (comps.), *Sexualidad y salud reproductiva. Avances y retos para la investigación*, El Colegio de México, México.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari, 1985, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, trad. Francisco Monge, Paidós, Barcelona.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari, 1988, *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*, trad. José Vásquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larraceleta, Pre-Textos, Valencia.
- Derrida, Jacques, 2003, *De la gramatología*, trad. Óscar del Barco y Conrado Ceretti, Siglo XXI, México.
- Eribon, Didier, 2001, *Reflexiones sobre la cuestión gay*, trad. Jaime Zulaika, Anagrama, Barcelona.
- García Canclini, Néstor, 2006, *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*, Gedisa, Barcelona.

- Foucault, Michel, 1989, *La Historia de la sexualidad*, vol. I, *La voluntad de saber*, trad. Ulises Guiñazú, Siglo XXI, México.
- Foucault, Michel, 2002a, *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*, trad. Horacio Pons, Fondo de Cultura Económica, México. Edición establecida por Valerio Marchetti y Antonella Salomoni; bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana.
- Foucault, Michel, 2002b, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, trad. Horacio Pons, Fondo de Cultura Económica, México. Edición establecida por François Ewald y Alessandro Fontana.
- Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal, 2006, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, trad. Ernesto Laclau, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Lefort, Claude, 1990, *La invención democrática*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Letra S, *sexualidad y sida*, <http://www.letraese.org.mx/contracrimenes.htm>, visitado 14 de mayo de 2007.
- Miller, Alice, 2001, "Sexual no reproductivo: explorando la conjunción de los derechos sexuales y reproductivos", en Sofía Gruskin (ed.), *Derechos sexuales y reproductivos. Aportes y diálogos contemporáneos*, Centro de la Mujer Peruana "Flora Tristán", Lima, pp. 85-134.
- Mouffe, Chantal, 1992, "Feminism, citizenship and radical democratic politics", en Judith Butler y Joan W Scott (eds.), *Feminists theorize the political*, Routledge, Nueva York, pp. 369-384.
- Mouffe, Chantal, 1999, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, trad. Marco A. Galmarini, Paidós, Barcelona.
- Parker, Richard, 1994, *A construção da solidariedade. AIDS, sexualidade e política no Brasil*, ABIA/IMS/UERJ, Relume Dumará, Río de Janeiro.
- Parker, Richard, 2001, "Ciudadanía y derechos sexuales en América Latina", en Jorge Bracamonte (ed.), *De amores y de luchas. Diversidad sexual, derechos humanos y ciudadanía*, Centro de la Mujer Peruana "Flora Tristán", Lima, pp. 27-39.
- Petchesky, Rossalind, 1999, "Direitos sexuais: um novo conceito na prática política internacional", en Regina Barbosa y Richard, Parker (eds.), *Sexualidades pelo avesso. Direitos, identidades e poder*, Editora 34, Sao Paulo, pp. 15-38.
- Terto Jr., Veriano, 2000, "Male homosexuality and seropositivity: the construction of social identities in Brazil", en Richard Parker, Regina Barbosa y Peter Aggleton (eds.), *Framing the sexual subject. The politics of gender, sexuality, and power*, University of California Press, Berkeley, pp 60-80.
- Weeks, Jeffrey, 1991, *Against nature. Essays on history, sexuality, and identity*, Rivers Oram, Londres.
- Weeks, Jeffrey, 1993, *El malestar de la sexualidad*, Talasa, Madrid.